

monte Merou están, como las hojas del lotus, las siete islas que baña el Océano. Los libros sagrados las describen con sus montañas, sus ríos y sus territorios; hasta dan su medida, extensión y situación. Pero toda esta geografía es imaginaria; solamente una de las siete islas existe en realidad, la India; pero hasta las noticias que dan los escritores indios acerca del país mismo que habitan presentan tal vaguedad, que no pueden ser consideradas como base de una descripción exacta (1).

(1) *Asiatic Research*, t. VIII, p. 321.—BENFEY, en la *Encyclopedie d'Ersch*, secc. II, t. XVII, p. 271, 272.—RITTEB, *Asien*, t. I, p. 5-19.

---



---

## CAPITULO IV.

### RELIGION Y FILOSOFÍA.

---

#### § 1.—Concepto de la vida.

La religión de la India, como todas las religiones de los países divididos en castas, es esencialmente diferente para las diversas clases de la sociedad. La creencia popular es un fetiquismo que presenta notables analogías con el politeísmo egipcio (1). No puede negarse al sacerdocio indio, como se ha negado al de Egipto, la posesión de dogmas superiores á este culto grosero; pero es difícil seguir su desarrollo y determinar su carácter distintivo en las diversas épocas. Hay, sin embargo, ciertos rasgos que son comunes no solamente á todas las religiones y á todas las sectas de la India, sino aún á las especulaciones filosóficas que al mismo tiempo han tenido lugar. Este carácter general de la sabiduría india es el que principalmente nos interesa.

Las miserias de la vida han impresionado profundamente el espíritu de los Indios. ¿Cómo se concilia la desigual repartición de los bienes y de los males entre los hombres con la noción de un Sér supremo, cuya cualidad esencial es la justicia? Los brahmanes dicen que si el hombre sufre es porque merece sufrir; que si su vida actual no basta para explicar la causa de su castigo, debemos buscar la explicación en una existencia anterior. La vida,

(1) *Von Bohlen*, t. I, p. 189.—BENJAMIN CONSTANT; *De la Religion*, VI, 5.

considerada como una caída y una expiación, no puede tener ningún atractivo; es para el hombre lo que la prision para el criminal. El desden de la existencia y el desprecio hácia todo lo que á la misma se refiere, se revelan en todos los monumentos de la literatura sanscrita. Oigamos al legislador de la India antigua hablando del cuerpo humano: «Esta morada, cuya armazon está formada por huesos, enlazados por medio de músculos, revestida de carne y recubierta por la piel, infecta, que encierra los excrementos y la orina, sometida á la vejez y á la tristeza, afligida por las enfermedades y sufrimientos de toda especie, dominada por la pasion y destinada á perecer, esta morada debe ser abandonada con placer por el que la ocupa» (1). Las pasiones, fuente inagotable de males, son compañeras inseparables del cuerpo: «Los habitantes de este cuerpo, dicen los *Vedas* (2), son la concupiscencia, la cólera, la avaricia, el error, la inquietud, la envidia, la tristeza, la discordia, el desencanto, el hambre, la sed, la vejez, la enfermedad, la muerte, las aficciones: ¿de qué sirve buscar los placeres del cuerpo?» Los *Vedas* hacen ver despues la vanidad de todas las cosas: «Todo se abisma y muere, no solamente los hombres, sino hasta el mundo; no solamente los reyes con sus ejércitos y sus elefantes, sino hasta los astros mismos.» El autor exclama por último: «Solamente la ciencia de Dios es deseable.» Ni San Pablo, ni San Agustin, ni Inocencio III se han expresado con más desden respecto de la condicion humana.

Se concibe que la mayor felicidad para un hombre educado en esta doctrina debe ser el término de la existencia. El deseo de la muerte es tan vivo entre los brahmanes como entre los místicos del cristianismo (3). Pero el concepto de la inmortalidad que unos y otros esperan es esencialmente diferente en estas dos religiones. Para el cristiano la tierra es un lugar de peregrinacion; sean cuales fueren sus méritos ó sus faltas, la muerte pone fin para siem-

(1) *Leyes de Manú*, VI, 76-77.

(2) JONES, *Works*, t. XIII, p. 371.—VON BOHLEN, t. I, p. 168.—WINDISCHMANN, *Die Philosophie im Fortgang der Weltgeschichte*, t. I, p. 1161.

(3) «Es para todos una felicidad dejar este mundo insípido, en que no se encuentra más que nacimiento, vejez, enfermedades y disgustos.» *Hitopadesa*, IV, 12, 87.

pre á la vida de este mundo. Para el Indio la muerte no es más que el punto de partida de una existencia nueva; los males que le esperan son infinitos, como el número de sus renacimientos. Las meditaciones de los brahmanes no tienen, segun parece, más que un objeto, el de hallar medio de eludir estas trasmigraciones. Esta idea es el fondo de la religion de la India (1); se la podria definir, segun dice un filósofo frances, «el arte de evitar la necesidad de la metempsícosis» (2).

El Indio que logra no volver á renacer, se une con Dios. Los medios de conseguir este resultado han variado en las diversas épocas del desarrollo religioso en la India. La religion de los *Vedas* consistia en la adoracion de los elementos de la naturaleza (3). El vedismo fué reemplazado por el culto de tipos más personales que representaban á Brahma, Vichnu y Siva. En el período de los *Puranas* la religion no tuvo unidad; cada una de las diversas sectas atribuyó importancia exclusiva á una divinidad diferente (4). Á estas tres formas principales del brahmanismo corresponden tres sistemas diversos acerca de los medios de llegar á la union con Dios, y de librarse del mal de volver á nacer: la ciencia, las obras y la devocion.

El dogma de la ciencia, considerada como medio de evitar la metempsícosis se deduce lógicamente de la teología brahmánica. ¿Cuál es la causa del mal físico? El mal moral, y el pecado nace de la influencia que los instintos y los sentidos ejercen sobre el alma. Este imperio procede de la ignorancia en que se encuentra el hombre respecto de su propio sér. Para conseguir la felicidad suprema necesita llegar á la conciencia de su esencia divina. Entonces reconoce que todo es en Dios, que Dios es en todo, y sabe

(1) Es la promesa que los dioses hacen á los creyentes (*Bhâgavad-Gûita*, VIII, 15, ed. SCHLEGEL).—En el *Vishnú Purâna* el dios promete á Prahlada, su fiel adorador, como suprema recompensa, librarle de la existencia (I, 20, p. 144, ed. Wilson).

(2) P. LEROUX, en la *Encyclopédie Nouvelle*, en la palabra *Brahmanisme*.

(3) Esta es la opinion de WILSON (*Vishnu Pur.*, *Translated from the original sanscrit*, Prólogo, p. 2).—Segun Colebrooke (véase nota 5), la religion de los *Vedas* consiste en la creencia en Dios.

(4) BURNOUF, en el *Journal des Savants*, 1840, p. 295, 297.—COLEBROOKE, *Asiat. Research.*, t. VIII, p. 369.—WILSON, *Vishnu Pur.*, Prólogo, p. 1-4.

que él mismo es Dios; no teme nada, no desea nada, no espera nada, ni detesta nada; la muerte y la vida no son ya nada para él; ha conseguido la felicidad suprema, la salvación final.

La ciencia gozó siempre de consideración entre los Indios; pero en los grandes poemas épicos no es más que un medio accesorio de preparar la unión con Dios. El brahman y el chatria consiguen el favor de los inmortales, mediante la penitencia y los ejercicios ascéticos. Estas prácticas solitarias exaltan con mucha frecuencia el orgullo del penitente; sobre todo entre los Indios, imbuidos en el dogma de la identidad del alma humana y de Dios, la fe en el poder de las obras tomó un carácter monstruoso. El asceta obliga á los dioses á concederle lo que desea: el hombre es superior á la divinidad (1). La vida ascética con sus rudas penitencias llegó á acreditarse como el medio más eficaz de alcanzar la felicidad suprema.

En los Puranas domina el sistema de la devoción. Enseñan que el culto tributado á la divinidad de cada secta es el camino más seguro para que el hombre llegue á su unión con Dios (2). El carácter distintivo de esta devoción es una inacción absoluta (3). La fe sola es suficiente (4); el ideal de la doctrina consiste en no desear ni aun la salvación eterna (5).

El brahmanismo en su desarrollo sucesivo ha indicado medios diferentes para conseguir la perfección final, pero no ha variado nunca respecto del fin á que dirige sus esfuerzos. Este es la unión con Dios, no la contemplación del Creador prometida por la teología católica á los elegidos, sino la absorción completa de la indi-

(1) El sabio adquiere «el poder de moverse con la velocidad del pensamiento, de desaparecer, de penetrar en el cuerpo de otro, de tocar los objetos lejanos» (*Bhâgavata Pur.*, v, 5, 35).

(2) BURNOUF; Pról. del *Bhâg. Pur.*, p. 111, nota.—El *Bhâg. Pur.* declara que la devoción á Bhagavat es la virtud más importante (III, 25, 19, 33, 44).

(3) *Bhâg. Pur.*, IV, 23, 27; IV, 2<sup>o</sup>, 59.

(4) *Ibid.*, v, 6, 17: «La narración de la pura historia de Bhâgavat está hecha para borrar todos los pecados de los hombres.»—*Ibid.*, VI, 2, 11: «El culpable no se purifica tan seguramente por los votos y demás actos de penitencia que han indicado los sabios conocedores del Veda, como pronunciando las sílabas del nombre de Hari.» Compárese VI 2, 14, 19.—Los demás *Purânas* contienen la misma doctrina (*Vishnu Pur.*, I, 13, II, 5).

(5) *Ibid.*, t. VI, 18, 73.

vidualidad humana en Dios. Así la perfección consiste en no nacer, en no vivir. El deseo de la muerte ha inducido en todo tiempo á los Indios al suicidio. El ejército de Alejandro presenció con asombro el espectáculo de una muerte voluntaria celebrada con todas las formas religiosas. Los Vedas consagraban el sacrificio de la vida. Aún hoy las viudas se arrojan á la hoguera sobre los sepulcros de sus maridos, y los creyentes más exaltados se ahogan, se hacen enterrar vivos, ó se arrojan bajo las ruedas de un carro sagrado (1). Este afán de la muerte se ha manifestado también en los pueblos de Occidente. Se encuentran en las Galias suicidas religiosos que recuerdan los sacrificios de la India (2); los Druidas habían inspirado á los Celtas la misma impaciencia por la muerte. Pero, ¡cuán profunda diferencia entre ambas doctrinas! Hay entre ellas la misma inmensa distancia que separa al Oriente del Occidente. El hombre del Norte busca con preferencia una muerte heroica en los campos de batalla; el premio que espera es una vida nueva, una inmortalidad de combates, de placeres y de fiestas. El hombre del Mediodía aspira á reducirse á la nada; la recompensa que desea es una eterna apatía, una ausencia completa de toda individualidad. El Europeo cobra afición á la vida por el trabajo, las necesidades y los peligros que en cada momento le presentan una lucha. El Indio se cansa de la existencia bajo el cielo más puro en medio de todos los placeres. Y es que el hombre no ha sido creado para el reposo, sino para la acción; no puede realizar su destino sin luchar con la naturaleza física, con sus propias pasiones y con las de sus semejantes. Pero no es posible luchar sin sufrir. Por consiguiente, el sufrimiento, que arredra á la molición de los Indios, es de la esencia de la naturaleza humana (3).

La reducción del hombre á la nada como fin supremo de todos sus esfuerzos, tal es en último análisis el fondo del brahmanismo. Las especulaciones de los filósofos conducen al mismo resultado

(1) COLEBROOKE, *Filosofía de los Indios*, trad. por Pautier, p. 145, 146.—VON BOHLEN, tomo I, páginas 286 y 290.—CANTÚ; *Hist. Univ.*, t. I, p. 276, 279.—El suicidio de las viudas no está prescrito por los Vedas, tiene un origen más reciente (VON. BOHLEN., p. 293, 302).

(2) REYNAUD, en la *Encyclopedie Nouvelle*, en la palabra *Druidisme*.

(3) BENJAMIN CONSTANT, *De la Religion*, IX, 7.

que las inspiraciones de la fe (1). El alma no es en la doctrina de los Indios como en la de los Griegos, un principio de acción que domina la materia y que aspira á realizar el órden y la armonía en el universo; como la acción no le agrada y las fuerzas le faltan, se reconcentra en sí misma en una eterna contemplación. El fin de la filosofía, como el de la religión, es asegurar al hombre una inmutabilidad permanente, es decir, librarle de la necesidad de la metempsicosis. Las sectas filosóficas, aún cuando divididas en sus opiniones, están unánimemente conformes acerca de este punto fundamental. Lo están también en considerar la ciencia como el único medio de alcanzar aquel fin. La filosofía rechaza las obras como impotentes para conseguir la salvación, y recomienda la meditación y la absorción del alma en sí misma, para prepararla á la perfección final. La ciencia es una devoción, un estado estático, en que el alma, separada enteramente del mundo exterior, se pierde y se absorbe en lo infinito. La felicidad suprema, que los filósofos prometen á sus adeptos, es la misma unión con Dios que la religión deja entrever á los creyentes. Las escuelas discuten acerca de la naturaleza de esta unión; unas ven en ella un reposo absoluto, otras la reducción á la nada, pero confiesan que aún esta última es preferible á una trasmigración eterna. La filosofía de Occidente en sus más elevadas enseñanzas conduce á una doctrina de vida; la ciencia india podría llamarse doctrina de muerte.

## § II. — Doctrina brahmánica acerca de las relaciones de los hombres.

Parece que la aspiración hácia Dios establece una analogía entre los brahmanes y los cristianos; sin embargo, los separa una distancia inmensa en la noción del Sér Supremo. Los pueblos de Occidente tienen tan vivo el sentimiento de la personalidad, que la sostienen aún delante del Creador. Los Indios admiten también

(1) Sobre la filosofía de los Indios, véase á COLEBROOKE, *Ensayos sobre la filosofía de los Indios*, trad. por Pauthier, 1833; RITTER *Geschichte der Philosophie alter Zeit*, t. IV, p. 363-444.

la unidad de Dios, pero para ellos Dios y el mundo se confunden en un panteísmo monstruoso (1). El alma universal lo absorbe todo; la naturaleza y los cuerpos no son más que una vana apariencia, el efecto de una *ilusión* (2). ¿Qué valor puede tener la vida humana en semejante doctrina? Desde que el hombre tiene conciencia de sí mismo, llega á conocer la vanidad de las cosas terrestres; pero, si los poetas cantan que todo es vanidad, consiste en que tienen á la vista el ideal de una existencia más santa. A los ojos de los Indios, toda vida, toda separación del alma universal es un mal (3). El hombre, que sabe que el cuerpo es el producto de la ignorancia, no puede hacer otra cosa mejor que desprenderse de él (4). Será, pues, un deber para el sabio separarse de la sociedad de sus semejantes: éste es el primer paso para conseguir librarse definitivamente de la existencia, aspiración única del Indio á la felicidad (5).

Los ascetas de la India son los precursores de nuestros monjes y de nuestros anacoretas: los aventajan con mucho en las torturas voluntarias á que se someten.

Pero la vida solitaria tiene sus escollos. La preocupación de la salvación conduce fácilmente al olvido de los demás hombres y al egoísmo: esto sucedió con la devoción de los brahmanes. El ais-

(1) BURNOUF en el *Journal des Savants*, 1832, p. 712: «Si se dice que Brahma es único, esto consiste en que una sola alma, á la que han de volyer todas las almas individuales, anima y sostiene la naturaleza. El alma individual no es otra cosa que el alma universal; el alma del hombre es Dios mismo.» — *Bhâgavata Pur.*, VII, 9, 48: «Tú eres el viento, el fuego, la tierra, la atmósfera, el agua, las moléculas elementales, el soplo vital, los sentidos, el corazón, la inteligencia, la conciencia; tú eres todo, Dios múltiple.»

(2) *La Mayâ*. «La cosa que designamos con el nombre de Tierra, no es más que un nombre» (*Bhâg. Pur.*, V, 12, 9). «No hay más realidad en el mundo que la que hay en un sueño en que todo es vano» (*Ib.*, III, 27, 4). «La existencia y la no existencia, la vida y la inercia son otras tantas diferencias producidas por la ilusión» (*Ib.*, V, 12, 10).

(3) La poesía india abunda en imágenes sobre la fragilidad de la existencia humana. «La vida semeja al estremecimiento de la onda agitada por el viento» (*Hitopadesa*, III, 9, 140). «Es vacilante como la imagen de la luna en el agua» (*Ib.*, IV, 13, 127). «El mundo es una niebla que se eleva de las arenas del desierto y que los animales confunden á lo lejos con el agua» (*Ib.*, IV, 13, 128).

(4) *Bhâg. Pur.*, IV, 20, 5.

(5) *Leyes de Manú*, IV, 42. — *Vishnu Pur.*, IV, 2, p. 368.

lamiento hizo crecer el orgullo entre los mismos cristianos de la Tebaida; en los Indios esta influencia debía ser tanto más funesta, cuanto que sus doctrinas les hacían ver en los demás hombres no hermanos, sino criaturas inferiores. A medida que los brahmanes se acercaban á Dios, se alejaban de sus semejantes; prueba segura del erróneo camino que seguían.

El ideal del sabio, según lo trazan los libros sagrados, tiene algo de seductor; de la misma manera que el discípulo de Zenón, se encuentra elevado sobre las pequeñas pasiones que agitan á los hombres; ni el dolor ni el placer le impresionan, ni la vergüenza ni los honores, ni la censura ni la alabanza; no experimenta penas ni alegrías, ni echa de menos nada; completamente exento de ambición, no turba la paz del género humano, y las agitaciones de los pueblos no le interesan (1). Pero esta apatía, para ser sublime, debería ir acompañada de un amor activo á los hombres, y entre los Indios degeneró, más aún que entre los estoicos, en universal indiferencia. «El sabio, dice el *Bhágavad-Guitá* (2), debe abstraerse del mundo, del mismo modo que la tortuga se recoge en su concha.» La comparación es característica; el ideal de la sabiduría brahmánica consiste en la soledad moral, en la insensibilidad aún en las relaciones más íntimas. «El sabio no debe sentir amor ni por sus hijos ni por su mujer» (3). «Nadie sea padre, ni hijo, ni hermano; que cada cual sea para sí mismo su padre, su madre, sus parientes, su deber» (4). De la indiferencia filosófica al egoísmo la pendiente es rápida; y los Indios no podían detenerse en ella, por cuanto su doctrina de la *ilusión* les conducía lógicamente á negar la solidaridad humana. Si las relaciones que nos unen con nuestros parientes son la obra engañosa de *Mâyá*, los sentimientos más afectuosos del corazón humano son una cosa sin realidad: son como un sueño, dice el *Bhágavata Purána*, de que el sabio debe librarse, como se libra el hombre al despertar de los sueños de la noche. ¿Cuál es el ideal de esta existencia? No

(1) *Bhágavad-Guitá*, XII, 15-20. C. II, 55-60.

(2) *Bhág. Guitá*, II, 58.

(3) *Ibid.*, XIII, 9.

(4) Pasaje del *Padma Purána*, citado por BUENOUF, en el *Journal Asiatique*, serie primera, t. VI, p. 98.

amar, no sentir: «El hombre sabio, en el seno de la condición humana, debe saber renunciar á esta misma condición» (1).

Si semejante teoría hubiera sido puesta en práctica alguna vez hubiera conducido á la destrucción de la sociedad. Los brahmanes mismos han tenido, según parece, conciencia instintiva del mal que resultaría de la aplicación universal de sus preceptos. *Megasthenes* dice que uno de los motivos por los cuales no inician á las mujeres en su filosofía, es el temor de verlas abandonar á sus esposos (2). Así, pues, en la esfera de las relaciones particulares el brahmanismo conduce á la disolución de la familia, es decir, á la muerte de la humanidad. Las consecuencias de esta doctrina en la esfera del Estado y de las relaciones internacionales son igualmente funestas.

### § III.—Doctrina brahmánica acerca de la sociedad y de las relaciones de los pueblos.

El brahmanismo no ha concebido la unidad de los hombres, porque se ha engañado acerca de la noción del Sér Supremo. Si los hombres no son uno en Dios, no hay entre ellos lazo de fraternidad ni de caridad; no hay tampoco relación de derecho, porque el derecho supone seres de la misma naturaleza, y los hombres de diversas castas son de origen diferente. ¿Qué queda como fundamento de la sociedad? La fuerza. Un escritor de genio, pero profeta del pasado, ha asombrado al siglo XIX diciendo que el verdugo es el horror y el lazo de la asociación humana.

«Suprimid, dice *De Maistre*, este agente incomprensible, y en el mismo instante el caos reemplaza al orden, los tronos se hunden y la sociedad desaparece» (3). Estas palabras son la expresión de la doctrina brahmánica. Oigamos al legislador indio:

«El castigo gobierna al género humano, el castigo le protege; el castigo vela mientras todo duerme; el castigo es la justicia, dicen los sabios.

(1) *Bhag. Pur.* VIII, 14, 4, 5.

(2) MEGASTH, ap. STRAB., XV, p. 490, ed. Casaub.

(3) DE MAISTRE, *Veladas de San Petersburgo*, primera conversacion.

»Si el rey no castigara incesantemente á los que lo merecen, los más fuertes asarian á los más débiles en un asador como si fueran peces; no habria derecho de propiedad; el hombre de ínfima clase ocuparia el lugar del hombre de clase más elevada; todas las clases se corromperian, las vallas se romperian, el universo no sería más que confusion si el castigo dejase de funcionar» (1).

El pensamiento de los brahmanes es el mismo que el del escritor católico; pero entre el legislador indio y el pensador del siglo XIX hay la gran diferencia de que aquél dicta leyes para una sociedad naciente, al paso que éste se hallaba ya cerca de la época en que el oficio de verdugo ha de ser rechazado con horror.

Los brahmanes, conociendo su impotencia para mantener el orden y la armonía, llamaron en su auxilio á la fuerza representada por los guerreros. «Hallándose este mundo sin reyes, dice *Manú*, y completamente trastornado por el temor, el Señor creó un rey para conservacion de todos los seres.» Esta idea de que la institucion real, como depositaria de la fuerza pública, es el lazo de la sociedad, está desarrollada en todo un capítulo del *Rámáyana* (2): «En los Estados que no tienen rey, ningun hombre está seguro de lo que posee, ni aún de su esposa; ni los hijos ni la mujer prestan obediencia; todo es anarquía; no se encuentra la verdad; los brahmanes mismos olvidan sus deberes y no ofrecen sacrificios; los comerciantes no se atreven á aventurarse en los caminos; nadie tiene seguridad de su vida; los hombres se devoran unos á otros, como los peces en el mar; domina el ateísmo y la sociedad se disuelve.»

Si la fuerza es la base de los Estados, con mayor razon debe dominar en las relaciones internacionales. La guerra es un hecho tan legítimo como inevitable; los brahmanes procuran santificarla, para excitar el valor de los reyes y de los guerreros. «Los soberanos que en las batallas combaten con mayor valor y con deseo de vencer, van despues de su muerte directamente al cielo.» Siendo legítima la guerra «no es crimen en un rey, que debe proteger á su pueblo, el matar á un hermano ó á los súbditos enemigos» (3).

(1) *Leyes de Manú*, VII, 18, 20, 24.

(2) *Ibid.*, VII, 3.—*Rámáyana*, II, 52.

(3) *Leyes de Manú*, VII, 87-89.—*Bhâg. Pur.*, I, 8, 50.

Las mismas máximas comprenden á todo el orden de los chatrias; las mismas recompensas les esperan si mueren sobre el campo de batalla (1); los libros sagrados ensalzan la muerte del guerrero casi tanto como la del sabio (2).

La fuerza es efectivamente legítima cuando se la emplea en defensa del derecho, cuando mantiene el orden y la paz en la sociedad. Tiene tambien su legitimidad en los campos de batalla; los hombres no han podido creer nunca que la fuerza sola sea bastante para asegurar el resultado; han imaginado que Dios interviene en sus contiendas y da la victoria á la justicia. No conciben de este modo los brahmanes la intervencion de la fuerza. Hay en la literatura india un monumento que expone su doctrina con sombría energía: el *Bhâgavad-Guita*, cuyo asunto es la contienda de dos tribus de la misma familia, los Kourous y los Pândavas. La una ha sido rechazada por la otra y trata de volver á su patria. *Krichna* se declara á favor de la raza desterrada, protege al jóven *Ardjouna* y le acompaña en su carro. La accion empieza en el *Bhâgavad-Guita* en el momento en que los dos ejércitos se encuentran frente á frente. *Ardjouna* contempla las filas enemigas, y no ve en ellas más que hermanos, á quienes tiene que privar de la vida para alcanzar el trono. Profunda melancolía le sobrecoge: «¡Oh *Krichna*! Ahí están mis parientes armados, en pié, dispuestos á matarse. ¡Mirad! Mis miembros tiemblan, palidece mi rostro, mi sangre se hiela: un frio mortal circula por mis venas, mis cabellos se erizan de horror.... ¿Seré yo feliz despues de haber asesinado á todos los míos? Hijos y padres, tíos y sobrinos, amigos y parientes, no, no quisiera verlos perecer en el campo de batalla, ó celeste conquistador, aún cuando alcanzara en pago de su muerte un mundo tres veces mayor. ¡Degollarlos por conquistar este mundo miserable! No, no quiero; más valdria morir á manos de mis enemigos, sin lucha, desarmado.»

(1) *Leyes de Manú*, v. 98.

(2) *Bhâg. Pur.*, VI, 10, 32, 33: «Hay en este mundo dos géneros de muerte gloriosos y difíciles de conseguir: una es la que encuentra el hombre absorbido en el *Yôga*, cuando, habiendo dominado su respiracion meditando sobre *Brâhma*, abandona su cuerpo; la otra es la que encuentra el guerrero que no vuelve pié atras en la primera fila frente al enemigo.

Ardjouna pinta luego el espectáculo de las guerras civiles; hace ver los sacrificios interrumpidos, rotos los lazos domésticos, extinguidas las razas nobles, triunfante la impiedad. El guerrero suelta su arco y espera la respuesta del dios. Krichna le echa en cara su debilidad; le recuerda que es chatría, que su deber es la guerra, que si retrocede no solamente pierde la corona, sino también el honor. Ardjouna replica con melancolía todavía más profunda; prefiere una vida miserable á un imperio conquistado derramando la sangre de los suyos. Entonces Krichna le expone la teoría brahmánica de la muerte y de la guerra.

«Esos, cuya muerte lloras, no deben ser llorados; no hay diferencia entre la vida y la muerte. Yo, tú, estos guerreros, hemos existido siempre y nunca dejaremos de ser. El alma que se aposenta en nuestros cuerpos atraviesa la juventud, la edad madura, la decrepitud y pasa á un nuevo cuerpo para volver á emprender su carrera..... El cuerpo, frágil envoltura, se altera, se corrompe y perece; el alma eterna no perece. ¡Al combate, pues, Ardjouna! No retrocedas ante la sangre. Es un error creer que en las batallas el uno mata y el otro es muerto; no nacemos nunca ni morimos nunca; el ser inmutable, inalterable, eterno, no muere cuando el cuerpo perece..... Caer en la pelea, degollar á sus enemigos, ¿qué es más que despojarse de una vestidura ó quitársela al que la llevaba?..... No tengas, pues, temor ni compasión..... Aun cuando la vida y la muerte fuesen cosas reales, no deberíamos llorar al que muere. Porque el que nace está destinado á morir; ¿á qué, pues, llorar por una cosa inevitable?» No es el hombre quien mata, es Dios. «Yo soy el Dios destructor, y he venido aquí para destruir á los hombres. Todo este ejército va á perecer. Excepto tú, ninguno de esos guerreros formados en batalla pasará del día de hoy. Marcha, pues, al combate, levántate, triunfa, vence á tus enemigos y sé rey. Este ejército está ya muerto, es mi víctima, y tú no eres más que el instrumento del destino. Hiere, mata á tus enemigos, están ya vencidos» (1).

¿Qué es la guerra en esta doctrina? Un hecho sin moralidad, un juego inexplicable, y por consiguiente cruel, en el que un Dios

(1) *Bhâgavad Guita*, I, 24-47; XI, 32-34.

ciego se entretiene en inmolar víctimas humanas. «El Sér increado», dice el *Bhâgavata Purâna*, el soberano de los seres crea, conserva y destruye á los unos por medio de los otros; esto es para él un juego en el que no pone más atención que la que pondría un niño» (1). Los hombres no son más que instrumentos; para llegar á la altura de su implacable divinidad tienen que hacerse también ciegos é implacables. ¿Hemos de preguntar después de esto si el brahmanismo trabajó por evitar las guerras, si ha tenido la idea ó, por lo ménos, el instinto de la paz? En la filosofía griega encontraremos una secta cuyas doctrinas presentan notable semejanza con los dogmas brahmánicos. Los estoicos se equivocaban como los brahmanes acerca de la naturaleza del Sér Supremo; pretendían, como ellos, elevar al hombre sobre la humanidad y convertirlo en un Dios. Únicamente les interesaban el individuo y su perfeccionamiento; indiferentes á los males de la sociedad, se burlaban de los pueblos que se quejaban de las calamidades de la guerra; decían que no había más mal que el que resulta de nuestras pasiones. Párecenos que si un brahman hubiera sido interrogado acerca de la paz y de la guerra, hubiera contestado lo mismo que Epicteto. El brahmanismo no era, pues, lo que toda religión debe ser, un elemento de paz; y acabó por ser un principio de división y de odio.

Para formar idea de las antipatías que la diversidad de sectas origina en la India, hay que recordar las pasiones furiosas y las guerras implacables que la religión ha encendido en Europa.

«Los heréticos, dicen los libros santos, son impuros; se debe evitar todo contacto con ellos; la sola conversacion con los cismáticos basta para hacerse merecedor de las penas del infierno; las ceremonias del culto, áun celebradas con celo y con fe, desagradan á los dioses cuando son profanadas por la presencia de los apóstatas» (2). Con semejantes sentimientos la tolerancia y la paz son imposibles. Las sectas no solamente se desprecian profundamente entre sí (3); los viajeros hablan de colisiones frecuentes, de

(1) *Bhâg. Pur.*, VI, 15-6.

(2) *Vishnu Purâna*, III, 18, p. 342-345.

(3) Las sectas de Vichnú y de Siva se desprecian de tal manera una á otra, dice SONNERAT (*Viaje á las Indias*, t. II, p. 13), que el Sivaita que pronuncia el

batallas que turban sus fiestas con regularidad (1). Si la historia de la India fuera más conocida, veríamos sin duda poblaciones desgarradas por disensiones y guerras, que proceden del odio que engendra la diversidad de creencias (2). No conocemos más que un episodio de estas luchas: los largos combates de los brahmanes contra el buddhismo son una de las páginas más sangrientas de la historia de las persecuciones religiosas.

Los Indios, pueblo esencialmente teológico, hacían intervenir la religión en sus guerras, aun cuando éstas no hubiesen sido provocadas por motivos de religión. La oposición religiosa entre los Indios y sus enemigos se revela con toda ingenuidad en los Vedas. La raza aria en la época de la ocupación de la India se halló en contacto con poblaciones bárbaras. En la narración de los brahmanes estas hostilidades toman un carácter religioso. Los *Arios*, hombres puros, al celebrar las santas ceremonias, piden á los dioses la victoria sobre los *Mlétchas*, hombres impuros, que no se cuidan de los sacrificios; los enemigos de los *Arios* son también enemigos de los dioses; así, pues, los dioses tienen tanto interés como los *Arios* en combatir á los Bárbaros. De aquí la extraña aberración, de que aun quedan indicios en nuestros días, de que la oración sirva para pedir la destrucción: «Haz distinción, *Indra* (3), entre los *Arios* y sus enemigos, *aniquila á los perturbadores que no toman parte en las ceremonias*..... Que *Indra* destruya, en favor de los hombres fieles á los ritos, á los que los rechazan, en favor de sus adoradores, á aquellos que le niegan alabanzas! *Agni* (4), de ardientes rayos, aplasta como con una maza á los enemigos que no presentan ninguna ofrenda..... Como somos tus soldados, *Agni*, haz que triunfemos con tu auxilio..... Haz que

nombre de *Vichnú* corre á purificarse en el baño. Compárese á TAVERNIER (*Viaje de las Indias*, lib. I, c. XVI).

(1) En el año 1760 hubo una batalla en regla entre las dos sectas en la fiesta de *Haridwara*; la secta de los *Bairagís* (adoradores de *Vichnú*) perdió 18.000 hombres (RITTER, *Asien.*, t. II, p. 911-912).

(2) La historia de Ceilan está llena de guerras religiosas y de sangrientas persecuciones. Véanse los anales sagrados, intitulados *Mahavansi* (Ritter nos ha dado un análisis de ellos. *Asien.*, t. IV, II secc., p. 236 y sig.).

(3) *Indra* es el rey del cielo.

(4) *Agni* es el dios del fuego (*agni, ignis*).

pasemos por medio de nuestros enemigos, como se atraviesa un río con un barco» (1).

Acostumbrados á ver en sus enemigos los enemigos de los dioses, los *Arios* aplicaron esta misma creencia á sus guerras intestinas. La colección de los Vedas contiene las fórmulas de imprecación que mutuamente se lanzaban. «*Indra*, acude á nosotros con socorros variados, excelentes. *Mhagavan*, ó héroe, sénos propicio. ¡Caiga á nuestros piés el que nos aborrece, y abandone el soplo de la vida á aquel á quien aborrecemos» (2).

#### § IV.—Gérmenes de caridad y de humanidad.

##### N.º 1.—Dulzura de la raza india.—Humanidad.—Caridad.

De esta manera el brahmanismo conduce al sabio á la personalidad, produce la disolución de la familia y se convierte en un principio de odio y de guerra entre los hombres. Sin embargo, daríamos una falsa idea de la India si no añadiéramos que al lado de aquella doctrina de egoísmo y de división se desarrollaron sentimientos de humanidad y de caridad. El hombre está dotado de una feliz inconsecuencia; los sistemas más detestables coexisten á veces en el mismo individuo, con las más bellas cualidades del alma. Esto sucedió á los Indios. Acaso la dulzura innata de la raza sanscrita ha luchado contra el dogma religioso y filosófico de la nada.

Los Indios han sido considerados siempre como los más dulces de los hombres. Este carácter, tan raro en los pueblos antiguos, chocó tanto á los Griegos, que los condujo á error respecto de su estado social. Los viajeros pintaron á los habitantes de las orillas del Ganges como una nación de justos; según ellos, es cosa de creer que en la India se realiza la edad de oro (3): «No se cono-

(1) NEVE, *Ensayo sobre el mito de los Ribhavas*, p. 119-121.

(2) *Ibid.*, 124, 125. — ROTH, *Zur Literatur und Geschichte des Weda*, 101, 105 y sig.

(3) *Megasthenes*, ap. STRAB., p. XV, 487, 488. — ABBIANO, *Ind.*, c. XII, 9. — AELIAN., *V. H.*, II, 31.